

Regresos de Malvinas. Experiencias de la inmediata posguerra de los soldados integrantes del Apostadero Regresos de Malvinas. Experiencias de la inmediata posguerra de los soldados integrantes del Apostadero.

Andrea Belén Rodríguez.

Cita:

Andrea Belén Rodríguez (2011). Regresos de Malvinas. Experiencias de la inmediata posguerra de los soldados integrantes del Apostadero Regresos de Malvinas. Experiencias de la inmediata posguerra de los soldados integrantes del Apostadero. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/333>

XIII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia
10-13 de agosto de 2011, Universidad Nacional de Catamarca

MESA 50: Historia de la dictadura militar argentina (1976/1983)
Coordinadores: Gabriela Aguila y Daniel Lvovich

Autorización para publicar: Sí

Regresos de Malvinas.

Experiencias de la inmediata posguerra de los soldados integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur (1982-1983)

Andrea Belén Rodríguez¹

La guerra es una experiencia extrema en la que los actores están continuamente en presencia de la muerte, en donde la disyuntiva de matar y/o morir es una constante. Muchas de las cuestiones vedadas en tiempos de paz, son permitidas en una guerra, fundamentalmente aquellas vinculadas a la posibilidad de matar a otro sin sanción. Regresar de una guerra implica nuevamente retornar/adaptarse a las normas de la moral corriente sobre lo que está bien y está mal. El interrogante clave que surge es claro: ¿Cómo retornar a vivir en una situación normal de paz luego de pasar por una experiencia límite?

Esa pregunta será la que guíe el presente trabajo, en el que nos proponemos reconstruir las experiencias de regreso y de reinserción social de un grupo de ex-soldados que participó en el Conflicto del Atlántico Sur, en un período que se extiende desde que retornaron al continente en junio de 1982 hasta el fin de la dictadura militar en diciembre de 1983. Concretamente, se trata de jóvenes conscriptos integrantes de una unidad logística de la Armada, el Apostadero Naval Malvinas, un destino militar que fue creado específicamente para la guerra el 2 de abril de 1982 y que sólo existió durante la misma².

¹ Licenciada y profesora en Historia (UNS), doctoranda en Historia (UNLP), becaria doctoral CONICET. DNI: 29.776.792. E-mail: andrea_belen_rodriguez@yahoo.com

² El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad de la Armada creada durante la guerra con el objetivo de organizar las instalaciones portuarias de las islas. La misma estaba emplazada en Puerto Argentino y llegó a estar conformada por 200 miembros aproximadamente. Entre ellos se encontraban civiles y militares, profesionales y militares de carrera, en su mayoría de especialidades técnicas y de marinería. Sus integrantes se dedicaron a diversas tareas pero principalmente su función fue estibar la carga de los buques y realizar guardias en el pueblo. Además, los últimos 15 días del conflicto un pequeño grupo fue destinado al frente de batalla en la península Camber. El Apostadero fue un destino relativamente privilegiado en la guerra, en lo simbólico –en el acceso a distintos canales de información, y la posibilidad de contactarse con los seres

Concretamente, con los términos “reinserción social” nos referimos a los regresos de los ex-soldados a los espacios sociales de cotidianeidad previa al conflicto, pero con las marcas de la guerra³. En este sentido, analizaremos la reintegración de este grupo de jóvenes conscriptos teniendo en cuenta los diversos ámbitos sociales (familiar, barrial, laboral, militar, educativo, los grupos de amistad) y los diferentes planos en que se dio la misma: simbólico –la posibilidad de hablar de sus vivencias y de ser escuchado- y material –la posibilidad de encontrar trabajo, de continuar los estudios, de superar las secuelas de guerra, entre otros.

Para ello, utilizaremos principalmente entrevistas orales semiestructuradas a integrantes del Apostadero realizadas entre mediados del 2007 y el 2010. Se trata de un *corpus* de 11 testimonios de ex-soldados miembros de la unidad⁴, a los que se suma una obra autobiográfica cuyo autor fue integrante de la unidad en un comienzo de la guerra, y luego tripulante del buque *Penélope: Los viajes del Penélope* de Roberto Herrscher.

Por último, el trabajo está estructurado en cuatro apartados. En principio, reconstruiremos el contexto en el que se produjeron los regresos y el mapa de luchas por la memoria del conflicto que se conformó en la inmediata posguerra, para luego sí centrarnos en las experiencias de los recién llegados. Específicamente, analizaremos su reincorporación a las FFAA, los reencuentros con sus allegados, y los regresos a los diversos ámbitos sociales de su cotidianeidad.

queridos frecuentemente– y lo material –en tener la posibilidad de dormir bajo techo, bañarse más de una vez y disponer de suficiente comida-, beneficios que prácticamente desaparecieron para aquellos que fueron al frente. Luego de la rendición, la unidad dejó de existir pero no así los lazos que se habían construido entre sus integrantes, quienes aún hoy continúan reuniéndose cada 20 de junio, día que regresaron al continente. (Rodríguez, 2008)

³ Para una interesante reflexión sobre el uso nativo de “reinserción social” por parte de los civiles en la inmediata posguerra, ver Guber (2004:222-229)

⁴ En cuanto al *corpus* de testimonios, se podría agregar: la mayoría es clase 62, uno es clase 63, y 3 pertenecen a clases anteriores que pidieron prórroga para hacer el servicio; la mayoría estaba residiendo en Capital Federal y Gran Buenos Aires para 1982, sólo uno residía en una ciudad del interior: Bahía Blanca; la mayoría es de clase media –sólo en un caso es clara su pertenencia a clases populares-, que tuvo acceso a estudios primarios y secundarios por lo menos –sólo hay un caso que no cursó el nivel medio-, y algunos a estudios superiores, y muchos de ellos paralelamente trabajaron, aunque en su mayor parte no por necesidad; dos de los entrevistados militaron antes de la guerra (en la Federación Juvenil Comunista y el Partido Socialista), y otros dos en la posguerra (en el radicalismo). En el servicio militar obligatorio, aunque estuvieron en distintos destinos y realizaron diversas actividades –principalmente técnicas-, en su mayoría se trataba de destinos “privilegiados”, al que accedieron por algún conocido en las FFAA. En cuanto a la guerra, la mayoría no tuvo opción de ir a las islas, aunque hay 5 casos de voluntarios; todos fueron parte de diversas tandas que fueron llegando a las islas en abril; realizaron diversas actividades técnicas y 5 de ellos estuvieron en el frente de batalla. Si bien las experiencias de posguerra son diversas, todos ellos –excepto el que vive en Bahía Blanca- tienen en común que han participado en los encuentros del Apostadero.

Después de la derrota

Los integrantes del Apostadero regresaron al continente en un contexto de estupor social por la derrota y de derrumbe de la dictadura. La derrota militar en Malvinas fue también una derrota política para el régimen. Si Malvinas había sido el último recurso de la dictadura para recuperar la legitimidad perdida, luego de la derrota, la Junta Militar cayó en su propia trampa. En el contexto de renuncia de Galtieri, de desintegración de la Junta y de posterior transición democrática, diversos sectores de la sociedad comenzaron a buscar explicaciones por la derrota y a construir discursos alternativos que dieran cuenta de la única conflagración internacional protagonizada por Argentina en el siglo XX. Así, luego del conflicto, se configuró un mapa de luchas por la memoria de Malvinas protagonizado principalmente por tres actores colectivos: amplios sectores de la sociedad civil, las FFAA y los ex-soldados combatientes (Lorenz, 2006).

En la inmediata posguerra, diversos sectores de la sociedad civil construyeron una memoria de Malvinas que proponía en última instancia el olvido y silencio de un pasado difícil de elaborar. Desde el término del conflicto, esos sectores – representados en la esfera pública por los medios de comunicación y los partidos políticos- y los gobiernos de posguerra no quisieron o pudieron enfrentar un pasado vergonzante, en tanto la derrota en Malvinas interpelaba su propia responsabilidad por el consenso –activo o pasivo– brindado a una guerra que había sido llevada a cabo por un gobierno de facto que ahora se develaba como el más sangriento de la historia argentina. Se pasaba así a interpretar a Malvinas como una aventura militar, guerra absurda para recuperar la legitimidad perdida, negando responsabilidad en la propia participación (Guber, 2001).

En la posguerra, en un contexto en que los crímenes perpetrados por la dictadura comenzaron a revelarse en toda su magnitud, las FFAA, y en realidad todo aquello que estuviera relacionado con la violencia y/o lo militar, se cubrió con signo de reprobación. En el afán de evitar que ese descrédito cayera también sobre los jóvenes conscriptos que habían ido a la guerra sin opción y de desresponsabilizarlos por la derrota, diversos sectores de la sociedad comenzaron a percibir a los soldados como “chicos de la guerra”. Esa imagen destacaba la minoridad de los conscriptos, a quienes se percibía como víctimas del conflicto, actores pasivos, sin ninguna capacidad de agencia en sus guerras, en donde

únicamente habían sufrido condiciones inhumanas y abusos de autoridad por parte de sus superiores –lo mismos militares que habían participado en la represión ilegal. Así, esta memoria, que rápidamente hegemonizó el espacio público, entendía la guerra “como una muestra más de la arbitrariedad de los militares, anulando responsabilidades colectivas respecto al acuerdo y satisfacción populares por la recuperación.” (Lorenz, 2006: 155)

Oponiéndose a ese relato que reducía la guerra al limbo de la incomprensión y del silencio, las FFAA y los ex-soldados combatientes construyeron otros discursos que transmitían otros sentidos sobre Malvinas y pretendían, por el contrario, mantener “viva” la memoria bélica. Por un lado, las FFAA construyeron otra memoria de la guerra, que en un primer momento prácticamente no tuvo repercusión en el espacio público. La memoria militar inscribió la guerra en la historia de “gestas patrióticas” fundantes de la nación, por tanto, al mismo tiempo que reivindicaba la guerra como “gesta” por estar basada en una causa justa de soberanía y destacaba a todos los protagonistas como “héroes”, descontextualizaba el conflicto de las condiciones que lo habían hecho posible – puesto que en ningún momento se refería a las motivaciones políticas internas que condujeron a la guerra-, lo que permitía reivindicar la actuación militar.

Por otro lado, las agrupaciones de ex-soldados combatientes a la misma vez que reivindicaban la guerra en defensa de una causa nacional desde un discurso nacionalista y antiimperialista, y su experiencia en ella, se distanciaban de las FFAA –por lo menos en un comienzo-, fuertemente cuestionadas por el conflicto y principalmente por la represión ilegal en los 70, entre otras cuestiones (Guber, 2004; Lorenz, 2006). Al reivindicar su experiencia bélica y destacar su agencia en ella, los ex-conscriptos se distanciaban y cuestionaban la imagen de “chicos de la guerra”: desde su perspectiva, la guerra era una experiencia que los había transformado o acercado a la adultez, pero que de cualquier forma los había alejado de la inocencia de la niñez.

En este contexto de configuración de las memorias de la guerra, e interviniendo en ese proceso, se produjeron los regresos de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas. Los jóvenes soldados miembros de la unidad, ¿cómo vivieron esos regresos? ¿Qué tensiones y desencuentros se produjeron entre quienes habían permanecido en continente y quienes habían vivido la guerra en las islas? ¿Qué dificultades plantearon los regresos de

los ex-soldados en los diversos ámbitos sociales? ¿Cuáles fueron las estrategias llevadas a cabo por las diversas instituciones implicadas para resolverlas?

“Subversión” en las Fuerzas

Los integrantes del Apostadero regresaron al continente en el contexto de búsquedas sociales de sentido y responsabilidades por la derrota y de fuerte desprestigio de las FFAA. A la falta de legitimidad por la crisis económica, social y política en que estaba ahogado el régimen (Novaro y Palermo, 2003), se sumaba ahora una doble desacreditación: por el sólo hecho de haber sufrido una derrota militar y, además, por la pésima planificación y organización estratégica y logística de la guerra (Ver *Informe Rattenbach*, 2000).

En este marco, los regresos de quienes habían sido testigos de la derrota y del accionar militar en Malvinas implicaron serios desafíos para las FFAA, que buscaron evitar una caída tan abrupta impidiendo que se difundieran sus vivencias bélicas. Para ello, los amenazaron o les “recomendaron” que no hablen de sus experiencias, los escondieron, y evitaron que tuvieran contacto con la sociedad.

En el caso de la mayoría de los integrantes del Apostadero, luego de pasar varios días en el campo de prisioneros en las islas, regresaron al continente el 20 de junio. Ni bien retornaron, los jóvenes soldados no pudieron volver directamente a sus hogares –en muchos de los cuales hacía semanas que no tenían noticias de ellos–, sino que los condujeron de noche a sus destinos militares (la Base Naval Puerto Belgrano en Punta Alta y el Edificio Libertad en la Ciudad de Buenos Aires), donde las FFAA les impusieron, o intentaron imponer, silencio sobre sus experiencias. El entonces conscripto Claudio Guida recuerda su regreso de la siguiente forma:

Eran las 12 de la noche del domingo 20 de junio, [...] nos recibe el contralmirante [en Ezeiza], nos saluda, a cada uno nos da la mano, nos felicita porque habíamos roto las armas antes de entregarlas [...]. Y nos saca en micros verdes navales, al Edificio Libertad [...] Vamos al Edificio Libertad y nos hacen firmar una declaración jurada [...] de que no teníamos que abrir la boca, no decir muchas cosas raras, porque no nos convenía, que íbamos a ser asediados por el periodismo ahora, por nuestros familiares, no contemos todo, la guerra todavía no había terminado. Esa fue una charla de inteligencia naval que nos quisieron dar. (29/11/2007)

El mandato de silencio no distinguió jerarquías, ya que no sólo fue impuesto a los conscriptos sino también al personal de cuadro, aunque con distintas estrategias. Ahora bien, si éste fue más o menos acatado por quienes habían elegido ser parte de las Fuerzas

(Rodríguez, 2008), no tuvo la misma repercusión en los soldados conscriptos que habían ido a la guerra sin opción. En las charlas que dio el personal naval en el Edificio Libertad la misma noche que volvieron, se produjeron múltiples fricciones, “connatos de rebelión” (Eduardo Iáñez, 20/04/2010), tal como recuerda Claudio Guida:

La charla terminó mal, porque X⁵, este pibe, yo y otros dos más, pero “¿vos qué hablás?!”, eran dos oficiales de inteligencia naval, vestidos muy, este, limpios ellos con camisa celeste: “No, no hablemos...”, “¿y vos qué hablás, si vos no estuviste?” “¿y vos a quién..?” “¿y vos quién sos para hablar, si vos no estuviste conmigo?”. Se armó medio un... un conffronte mal, que los tipos se terminan yendo.(29/11/2007)

Los conflictos que se produjeron tuvieron como base la interpelación de la autoridad de los oficiales para hablar. En este caso, el punto en tensión era claro: la participación en la guerra. Es decir, la pregunta clave era: ¿qué autoridad tenían aquellos que no estuvieron en la guerra para pedirles silencio? Para los protagonistas, ninguna. El conflicto se dio por terminado cuando el personal de inteligencia optó por retirarse.

La corrosión de la legitimidad militar fue un grave problema que las FFAA heredaron en la posguerra, basada en algunos casos en el no reconocimiento del “otro” como un par por no haber participado en la contienda y en otros por no haberse desempeñado correctamente en ella⁶. En este contexto, vale aclarar, no sólo los jóvenes soldados se rebelaban sino también el personal militar:

“Al regresar a sus unidades, los suboficiales y oficiales inferiores y medios traían el sabor amargo de la derrota para, otra vez, someterse al principio de antigüedad y jerarquía aún ante quienes no habían pisado Malvinas o ante quienes no habían estado a la altura de las circunstancias. Las nociones de autoridad y obediencia que sustentan la cadena de mandos en una institución militar estaban en seria crisis.(...) Los actos de insubordinación eran tan frecuentes que parte de los oficiales y suboficiales que llegaban de la guerra fue reasignada a otras unidades y así separada de superiores o subordinados que pudieran generar controversias.” (Guber, 2004: 36)

Ahora, a la FFAA, se le presentaba un claro dilema: ¿Qué hacer con aquellos conscriptos que volvían de la guerra con esta actitud de desafío a las jerarquías militares?

⁵ Los nombres de aquellos que estuvieron en la guerra pero no fueron entrevistados, no serán indicados.

⁶ Ya en las islas, se habían producido cuestionamientos a las jerarquías militares que estaban protagonizados principalmente por los conscriptos y que se basaban en el no reconocimiento de la autoridad de sus superiores por su mal desempeño en el conflicto. Situaciones de cobardía, miseria, abusos de autoridad o exigencias de nimiedades incomprensibles en tiempos de guerra, fueron frecuentes en las islas, además de las imprevisiones y desinteligencias logísticas y estratégicas generales, de la que los soldados fueron no sólo testigos sino que también sufrieron en carne propia.

¿Cómo mantener la disciplina y el orden, fundamentales en toda organización vertical y jerárquica como son las instituciones castrenses?

En el caso de los soldados que habían sido parte del Apostadero, ni bien regresaron la Armada les otorgó una licencia de aproximadamente 15 días, y luego a aquellos que ya habían cumplido con los 14 meses del servicio militar obligatorio, los dieron de baja. Pero previamente debieron realizar una serie de trámites en los que denunciaban la pérdida del equipo personal, que muchos conservaron como recuerdo. En otros casos, la Armada los intimó, bajo amenaza de sanción, a devolver todos los elementos personales, como recuerda con indignación José Bustamante:

Creo que ahí mismo entregué todo el equipo y tuve que andar consiguiendo cosas, que alguno me regaló porque si no me iban a sancionar porque no tenía las cosas, el equipo mío. Si me habían robado todo lo que se habían quedado, porque cada uno en su cama tenía una vajilla, entonces vos tenías tu jarrito, tus botitas, tu ropa de salida acá, de calle. A mí me habían robado todo cuando vine, y, entonces, encima me querían sancionar porque no tenía para entregarla. [...] Y todas esas cosas por ahí te duelen, viste. Igual las conseguí después, fui a una parte donde entregan cosas viejas, saqué cosas usadas, y las devolví de vuelta. (06/09/2007)

En cambio, distinto fue el caso de aquellos que pertenecían a la clase 63 o eran clase 62 pero formaban parte de las últimas tandas de ingreso⁷, quienes continuaron cumpliendo con la “colimba”⁸ por el tiempo que restaba, una situación que es recordada y significada como un absurdo, un sin sentido total y hasta flagrante por los protagonistas. El caso del conscripto Fernando González Llanos, que continuó en el servicio militar obligatorio hasta abril de 1983 y que fue a Malvinas con una instrucción de tres meses con el fusil Garand Beretta y aprendió lo básico para usar el FAL en las islas, es paradigmático al respecto:

Yo estuve haciendo la colimba hasta abril de 1983, haciendo guardias, prácticas de tiro, tuve que aprobar las condiciones de tiro con FAL. Ahí sí me dieron el FAL, para aprobar las condiciones de tiro ahí en Tiro Federal [...]. Viéndolo para atrás yo me tendría que haber ido a mi casa, y decirle “mirá, venime a buscar, venime a buscar porque esto es una pelotudez”. ¡¿Hacerme rendir las condiciones de tiro?! ¡¿Para que apruebe las condiciones de tiro?! Y si no era bueno, ya está, listo. (10/08/2010)

⁷ Los conscriptos que participaron en la guerra pertenecían principalmente a las clases 62 –que estaban en las fuerzas desde 1981- y 63, que ingresaron en 1982. También había algunas clases anteriores debido a que algunos jóvenes pedían prórroga para ingresar al servicio por diversas razones. Otra cuestión a tener en cuenta es la referente a las “tandas” de ingreso: en la Armada, los convocados para realizar el servicio militar ingresaban en cinco tandas a lo largo del año. Ese sistema tenía como objetivo mantener siempre en servicio conscriptos ya entrenados junto a las nuevas tandas.

⁸ En el vocabulario coloquial, al servicio militar obligatorio se le dice “colimba” por las tres actividades que principalmente debe hacer el conscripto: correr-limpiar-barrer.

De todas formas, en muchos casos la actitud de los soldados luego que habían pasado por la guerra distaba mucho de aquella con la que habían ingresado a la colimba: cierta actitud desafiante con los superiores que “nunca habían visto de cerca una bala o una bomba” como suelen decir, o de cuestionamiento a las normas y las actividades que realizaban, a las que no le encontraban sentido o les parecían banales, fue frecuente punto de fricción. Ricardo Pérez reflexiona al respecto:

Yo terminé la colimba de traje, bueno, fui de traje, me quisieron dar el uniforme tres, cuatro veces, les dije que no, “no quiero”. Y después, yo pienso el sentido de responsabilidad es una cagada, una cagada, te juega en contra, porque yo tendría que directamente no haber ido más. [...] Yo seguí yendo, pero yo no hacía guardia, trataron de ponerme de guardia, pero me negué. (26/11/2007)

Además, ya no había castigo que intimidara: “Seguí haciendo la colimba, seguí haciendo guardia acá. Imaginate, me mandaban al Puesto 2 atrás, y a la noche me sacaba el casco, me sentaba y me quedaba dormido, y un día me agarró un cabo: ‘¿Y qué, me vas a mandar a Malvinas?!’ porque era verdad, viste, ‘¿cómo me vas a castigar?’” (Osvaldo Corletto, 22/06/2010)

Asimismo, muchas veces esa actitud tenía una respuesta por parte de los superiores a cargo del destino. En algunos casos, en forma de deferencia con aquellos que habían ido a Malvinas, quienes gozaban de algunos beneficios en las actividades; por ejemplo, Fernando González Llanos indica que “estando de guardia, alguno hacía algo y los hacían bailar a todos; bueno, a mi me ponían a un costado [...]. O, por ahí, una guardia yo le decía ‘dame el puesto 4’ que era la guardia más corta” (10/08/2010). Y también de respeto para con sus experiencias que eran el clímax de toda carrera militar, por parte de superiores que no habían ido a Malvinas, tal como recuerda Marcelo Padula: cuando volvió al destino militar “no hacía nada, tomaba Gancia, Cinzano, veía televisión y jugaba al ping pong. Nadie se atrevía a decirte nada ni a mandarte. Es más había un cabo [...], [que] se me encuadraba, [...] y decía ‘yo tengo 30 años de Marina, pero usted tiene una guerra –me decía- así que yo le debo respeto a usted’”. (19/04/2010)

Otras veces la reacción de los superiores hacia esa actitud desafiante de los jóvenes ex-combatientes distaba de ser positiva: Alejandro Egudisman recuerda las veces que lo encerraron en el calabozo cuando se reincorporó a su destino militar:

Después de la guerra medio me enojé, medio me enojé porque me siguieron haciendo hacer la colimba. Me recargaron de guardias, yo tenía que hacer las guardias de mis compañeros que habían estado recargados de guardias cuando yo fui a la guerra, una cosa increíble. [...] Encima, ya le habías perdido el respeto, el miedo lo habías perdido hacía rato, que te de instrucción un tipo que no tenía ni puta idea de que estamos hablando [...]. Me encanaban, porque como no daba bola, me iba de las guardias, hacía lo que quería. (11/08/2010)

En ocasiones, con el fin de evitar las continuas tensiones que se producían, les dieron licencia hasta el día de la baja. Ese fue el caso de Julio Casas Parera, quien en un principio retornó a su destino a cumplir con su función de mozo y asistente del comandante, pero su regreso fue por poco tiempo:

Estaba completamente descolocado, porque para mí lo que hacía antes era completamente intrascendente, secundario. [...] Entonces, el cabo me dice “en la cena de camaradería va a tener que buscar un uniforme para venir a servir”, le dije “no, no me siento para servir -le digo- francamente, no me siento”, “tenés que venir...” se puso medio... [...] medio loco. No sé qué paso, pero después a todos los que habíamos vuelto nos dieron licencia total, a mi me dieron licencia hasta la baja porque ya faltaba poco tiempo. (01/12/2007)

Una vez que los soldados fueron dados de baja, la ausencia de la Armada en su reinserción fue total: “La Armada estuvo ausente en todo, nosotros volvimos, nos dieron la libreta, ‘buenas noches, muchas gracias’. Nunca hubo un control de salud, nunca hubo nada, absolutamente nada” (Gabriel Asenjo, 23/06/2010). Si hay una cuestión en que coinciden todos los testimonios de los ex-conscriptos, es en esta falta absoluta de la Armada en la atención médica a aquellos soldados que habían enviado a combatir.

Por tanto, si bien, como indica Rosana Guber (2004), cada una de las Fuerzas implementó un sistema de salud, que incluía a los ex-soldados que habían participado en la guerra, el servicio fue completamente insuficiente ante la gran demanda que enfrentaba y terminó restringiéndose a los casos más graves de heridos. En tanto el Apostadero había sido una unidad relativamente privilegiada (ver *supra*, nota 2) en la que sólo había habido unos pocos enfermos, y casi ningún herido⁹, los conscriptos que lo integraron estuvieron excluidos del servicio de salud. Esto fue determinante en las dificultades para la reinserción que enfrentaron muchos ex-combatientes, que debieron enfrentar en soledad diversas

⁹ En el Apostadero, durante la guerra hubo por lo menos un caso de principio de congelamiento. Con respecto a los caídos, no hubo muertos en guerra del destino, aunque sí fallecieron tripulantes de los buques que tenían un contacto permanente con los integrantes de la unidad. Tal vez, el más recordado por los conscriptos del Apostadero que habían pasado a tripular en buques, sea el marinero Ramón Turano.

secuelas de guerra por el estrés postraumático, que en los casos más extremos llevaron al suicidio¹⁰.

Entre reencuentros y desencuentros

Una semana después de finalizada la guerra, comenzaron a regresar las tropas que estaban en las islas. Como indicamos, la mayoría de los integrantes del Apostadero retornaron el 20 de junio. Esa noche, los jóvenes soldados, en su mayoría de 19 y 20 años, regresaron a sus hogares, en donde sus familias habían vivido otras guerras repletas de desesperación, angustia, ansiedad e incertidumbre. Alejandro Diego evoca su regreso:

Entro a mi casa por la puerta de servicio, por la escalera, toco el timbre, y mi vieja me ve por la mirilla, abre la puerta, y en vez de abrazarme, se va para atrás, y se queda así, y no lo podía creer [...] Y yo no sé por qué, no la abracé ni nada, claro, yo estaba bien, yo sabía que estaba vivo. Y enfilo por la cocina, y en un momento hay un pasillo largo y se ve el living, y estaba mi viejo sentado, mirando el diario, leyendo el diario, pero así encorvado, y con la pesadumbre de que para vos tu hijo no vuelve, viste, le vi eso, yo pude ver lo que sufrieron ellos. Voy caminando así, le digo “papi” y me mira, y... se va para atrás, me abraza, y “volviste”, qué se yo. Y ahí bueno todos abrazándonos, y estaba vivo. (26/11/2007)

El retorno a sus hogares estuvo marcado por diversas recepciones en los barrios en los que vivían. Algunos jóvenes soldados, aquellos que hacía años que vivían en el mismo barrio o que eran más extrovertidos, recuerdan una gran recepción de los vecinos. Ese fue, por ejemplo, el caso de Claudio Guida:

Llego a casa, una y media de la mañana, la cuadra cortada, mis amigos, vecinos, y... porque mi vieja llamó a todo el mundo “volvía Claudio”. A todo esto, la vestimenta era: las mujeres camión y tapado de piel, los hombres era pijamas y sobretodo, pleno junio, un frío de cagarse [...]. “Ah” ovación, me bajo en andas, saludos. [...] Así como estaba, todo el mundo adentro de mi casa [...]. Bueno, abrazos, llorando mi vieja, qué se yo, yo tranquilo, ya estaba bien. (29/11/2007)

Los días posteriores al regreso, muchos de los hogares de los jóvenes soldados se convirtieron en un “desfiladero” de vecinos, familiares, amigos, novias que iban a ver a los recién llegados y comenzaban a hacer preguntas:

¹⁰ No existen cifras oficiales, pero se calcula que hasta el presente se suicidaron en la posguerra más de 350 veteranos (Silva y Vázquez, 2006), y entre ellos, por lo menos un integrante del Apostadero y tripulante del buque Monsunen, el ex-conscripto Ignacio Bazán, que se suicidó en el 2006. (Ver: *Clarín*, 26/01/2006). Además, la muerte de Juan Etchecopar a mediados de los ‘80, un conscripto que volvió con problemas psicológicos, marcó profundamente al grupo de ex-soldados del Apostadero y, de hecho, es un tema recurrente en las entrevistas.

Después otro día fue todo el desfiladero, ¿no? Porque estabas en tu cama y venía la vecina, y te decían “¿qué tal? ¿cómo estás?”, [...] “está todo bien” “lo que sufrió tu madre”. Después te enterás, tu madre estuvo 70 días que estaba muerta, muerta literal, de sufrimiento de todo, y [...] mi viejo lo mismo. (Eduardo Iáñez, 20/04/2010)

Estos reencuentros estuvieron atravesados por voces pero también por múltiples silencios. Los diálogos entre quienes habían permanecido en continente y quienes habían vivido la guerra en las islas estuvieron plagados de tensiones, desencuentros e incomprensiones, y muchas veces estuvieron atravesados por silencios más que por palabras, ya sea por la imposibilidad de los ex-combatientes de hablar de un pasado difícil de elaborar o por la dificultad y/o falta de voluntad de escucha de los “otros”, como se evidencia en la experiencia de Gabriel Asenjo: “Llegué ese día, entré y puse la llave. Mi mamá lo primero que dijo fue ‘no quiero escuchar nada, no me cuentes nada, no me cuentes nada’, ‘bueno –le digo-, poné la pava’, qué se yo. Yo venía, en esa época fumaba, venía con mis cigarrillos, los saqué en la mesa, y me puse a fumar.” (23/06/2010)

La dificultad/imposibilidad de escuchar sobre la actuación de sus hijos en la guerra, de enfrentarse a las condiciones en las que habían vivido los últimos meses, de escuchar sobre aquellas experiencias que habían marcado indefectiblemente a sus hijos, transformándolos en “otros”, en adultos, distanciándolos de la inocencia de cuando eran chicos, fue muy frecuente en las posguerras de muchos ex-combatientes.

En muchos casos, también, los silencios se producían porque los allegados no preguntaban sobre la guerra con la intención de proteger a los recién llegados: desde su perspectiva, la vivencia bélica era un tema muy delicado y doloroso para hablar, por lo que pensaban que cuanto menos se lo recordara y se lo tuviera presente, más rápido los jóvenes soldados se distanciarían de su pasado, “olvidarían” esa experiencia tan traumática y podrían seguir sus vidas normalmente. Al respecto, Eduardo Iáñez recuerda la siguiente situación que se produjo en su hogar ni bien regresó:

Una vez llego a casa [...] y había una revista *Gente* que había una foto donde yo estuve exactamente durmiendo prisionero [...]. Le dije a mi vieja “Mirá, mamá, acá estuve yo”, nunca más estuvo. [...] Esa revista no apareció nunca más [...]. Claro, todo el mundo te preservaba, y no se hablaba por preservarte, el entorno no hablaba, o era “¿cómo la pasaste?” y hasta ahí. (20/04/2010)

Estas situaciones provocaron que, muchas veces, los jóvenes soldados que querían compartir sus vivencias, no hablaran de las mismas con sus seres queridos, o lo hicieran sólo de forma anecdótica.

Asimismo, otra cuestión resulta nodal para explicar esa falta de palabras: el no dimensionar la propia experiencia de guerra, como explica Julio Casas Parera:

Fue siempre la crítica en mi casa, que se reunieron mil veces esos días a comer, para compartir la comida conmigo, y yo... Como que no le daba bolilla a la cosa, no... claro, es distinto, yo entiendo que ellos querían escuchar cosas, y yo no quería decir nada

Andrea: ¿Y vos cuándo empezaste a hablar?

No, yo desde el primer día empecé a hablar, pero hablaba de cosas puntuales, y muy como que las cosas las hacíamos naturalmente, qué se yo, o sea que te contaba yo que habíamos ido a minar y te lo contaba así, como vos que me contás esto y lo otro, no... o sea no le agregaba esa cuota de... (30/11/2007)

Muchos protagonistas no volvieron con la sensación de haber sido parte de algo histórico, de haber vivido una experiencia única: sino más bien lo naturalizaron como una acción que debieron cumplir por estar haciendo la colimba, y ahora que volvían, querían retornar a la vida normal de paz; en realidad, no sabían bien qué contar, nada les parecía demasiado extraordinario.

En otros casos, el silencio de los ex-soldados o la respuesta a regañadientes se debía al poco respeto de quien preguntaba por la guerra “como si fuera un partido de fútbol” (Alejandro Egudisman, 11/08/2010), o desde la total incomprensión de sus experiencias, tal como evoca Claudio Guida:

Así fue como una semana en casa recibiendo visitas, no podía salir de casa, venía todo el mundo a preguntarme pelotudeces “¿cuántos mataste?” [...] “Sí, fue dura la guerra”, “¿y pasaste hambre?” “y, sí, no fui de vacaciones” “¿y frío?” “y sí, en el sur hace frío”. O sea no contestaba pelotudeces, “¿mataste a muchos?” “sí habré matado o no, no sé” “¿y murieron compa... viste morir compañeros tuyos?” “no, de los míos, no, se que estaba muy mal la gente de al lado”. (11/08/2010)

En muchas ocasiones, el encuentro entre las diversas experiencias de los últimos 74 días –las vividas por los recién llegados y aquellas de quienes habían permanecido en continente- provocaron incomprensiones y desencuentros, que marcaron sus regresos, producto principalmente de los diferentes sentidos que le atribuían a la guerra. Las preguntas que le hacían a Claudio estaban ancladas en el sentido común sobre el conflicto que se extendió en la inmediata posguerra: aquel que percibía a los soldados como “chicos de la guerra”, menores de edad, víctimas pasivas del conflicto; imagen que a los ex-conscriptos les parecía flagrante. Ese (des)encuentro entre las diferentes memorias del conflicto, es claramente explicado por Rosana Guber:

“Las tres preguntas que los civiles le hicieron a los ‘chicos’ y que los ‘chicos’ escucharon hasta el hartazgo fueron ‘¿mataste?’, ‘¿tuviste hambre?’, ‘¿tuviste frío?’, evidenciaban más la actitud de un adulto con respecto a un niño que la inquietud por una experiencia que había endurecido y conmovido a aquellos muchachos, pero que ciertamente no los había convertido en chicos ni, mucho menos, les permitiría el regreso a esa condición.” (2001: 128)

Ante el cruce entre las diversas percepciones del conflicto, muchas veces los ex-combatientes optaron por callar sus experiencias. En muchos casos, porque de sus relatos sólo se escuchaba aquello que cuadraba con la memoria hegemónica, el resto era silenciado. Pero era justamente aquello que era dejado a un lado, lo que les otorgaba agencia a los actores en sus guerras. Por ello, ante la falta de una verdadera voluntad de escucha, muchos jóvenes soldados enmudecieron, como afirma Julio Casas Parera:

Cuidaba mucho cuando hablaba, ¿no? No hablaba con cualquiera, porque no me nacía, porque no me interesaba, y, tal vez un poco también porque veía que el resto de la gente no había, digamos, receptividad al tema, y los que eran receptivos te salían con la pregunta de rigor “¿mataste a alguien?”, eso no es importante. [...] Yo no sé si maté o no maté, pero creo que... Preguntar eso es [...] es una falta de respeto, no estamos viendo una película de guerra, estás hablando con una persona, creo que merece respeto y consideración [...] Y eso lejos de abrirte, te cerrás más, enmudecés, enmudecés, no te lleva a nada. (01/12/2007)

Este tipo de experiencias, estas tensiones e incomprensiones producto de las diversas vivencias y percepciones del conflicto, llevó al aislamiento de muchos ex-combatientes. El caso de Gabriel Asenjo es uno de los tantos que podríamos citar:

Yo tengo los amigos de antes de la guerra y los amigos de posguerra. Todos mis amigos de antes de la guerra, me distancié de todos, [...] porque cuando yo volví de la guerra, ellos eran la famosa barra de la esquina, yo vi como ellos habían seguido su vida normal, se preocupaban por sus cuestiones personales, de la minita, el baile, qué se yo, y es como que les había importado un carajo todo lo que había pasado. Entonces, si bien a mi no me gustaba que me traten como un bicho raro por haber ido a la guerra, la gente, tus afectos, la gente cercana tuya, verlos en la pelotudez, y que le importe un pito lo que a vos... no a vos, porque en realidad yo estaba bien, pero yo me acuerdo la cara de X., me acuerdo de X que hizo la primaria conmigo y se sentaba adelante, y que se murió allá. (23/06/2010)

El hecho de percibir que su grupo de amigos había vivido el conflicto ajenos al mismo y eran indiferentes a una experiencia que para él significó un quiebre en su vida, provocó un distanciamiento que finalmente fue definitivo. Luego de la guerra, ya no había identificación posible.

Ese distanciamiento algunos lo extendieron a la sociedad argentina en general. La sensación de incomprensión y de soledad de los ex-combatientes se profundizó en un conflicto insular como el de Malvinas, en el que la mayoría de la población argentina no se

había visto afectada por el mismo (aunque esto depende según la región donde nos situemos). Al respecto, Roberto Herrscher recuerda:

“Me bajé del micro en Puente Saavedra. Caminé las quince cuadras hasta la casa mirando con infinita extrañeza a la gente (...).En todas las guerras los que regresan recuerdan el estupor ante el hecho de que la vida en las ciudades haya seguido igual mientras ellos estaban bajo la metralla y sus amigos morían. Yo había dejado de entender a mi país cuando todos se volvieron locos el 2 de abril, y ahora no entendía por qué todo había vuelto a la normalidad.” (2007: 97)

En ocasiones no sólo se distanciaban sino que directamente rechazaban a aquellos que habían permanecido ajenos a la guerra en continente y que ahora silenciaban el conflicto con tal de negar la propia responsabilidad. Alejandro Diego recuerda su profundo rencor con la sociedad argentina, lo que lo llevó a pensar en viajar al exterior: “Yo no quería, odiaba al pueblo argentino, sentía que ellos nos habían mandado a la guerra y que ellos nos olvidaron [...]. Me quería ir a la mierda, me quería ir a España”.(26/11/2007)

Regresos a la cotidianidad

En paralelo a estos reencuentros –y desencuentros- con sus allegados y vecinos, los ex-soldados comenzaron a regresar a sus espacios cotidianos, a la escuela, la universidad, el trabajo, y a reencontrarse con la vida habitual que llevaban antes del conflicto, sólo que ahora con una nueva y definitiva marca, la de la guerra.

Los primeros días luego del regreso fueron los más difíciles para la mayoría. Así, si muchos protagonistas vivieron la guerra como un estar fuera de tiempo/espacio por lo difícil que resultaba vincular esta experiencia con el pasado vivido, ahora, al retornar, algo similar ocurría: muchos de los que retornaron físicamente, en realidad les resultó mucho más difícil y les tomó más tiempo y esfuerzo, regresar completamente de la guerra; si acaso un regreso total es posible. Julio Casas Parera recuerda esa sensación de no estar “aquí ni allá”: “La reinserción era rara, porque... [...] Yo me sentía todavía allá, sentía que estaba allá todavía, porque no, no estaba acá, estaba físicamente, pero seguía allá, me costaba mucho traerme espiritualmente acá, a Buenos Aires”.(01/12/2007)

Si, como indicábamos, algunas cuestiones vedadas en tiempos de paz están permitidas en la guerra, como por ejemplo la posibilidad de matar a otro sin sanción, regresar implicaba volver a adaptarse a las normas de la moral corriente. Es por ello –entre

muchas otras razones- que los ex-soldados vivían el regreso, la vida cotidiana en paz, como un estar fuera de espacio/tiempo, tal como reflexiona Alejandro Egudisman:

Pero sí es una brecha entre la guerra volver a vivir una vida normal. A ver si me entendés, a vos te están enseñando a..., yo soy menos agresivo y no mataría a nadie a menos que me esté por matar, pero te están dando un fusil y te están... A mí me venía un cura y me decía -yo no soy católico- [...] y te tiraba una línea que el “No matarás” es relativo. Tenés 18 años, sos un bebé [...]. A ver, te están poniendo un fusil y te están diciendo “lo que se te cruce, matalo”. (11/08/2010)

Durante este primer período de adaptación, muchos de los que retornaron tuvieron que convivir con diversas secuelas de guerra, que con el tiempo algunos lograron superar o controlar: las pesadillas, la violencia contenida, el temor o sobresalto ante los ruidos fuertes de sirenas, explosiones, o aviones que tenían como consecuencia reacciones inconcientes, como tirarse al piso o refugiarse en algún rincón, fueron recurrentes en la inmediata posguerra. Asimismo, muchos sobrellevaron la culpa del sobreviviente, la sensación de deuda con los caídos, de que la propia vida continuó porque las de otros se truncaron. Generalmente, son aquellos ex-soldados que habían tenido contacto con el frente de batalla o cuyos amigos/conocidos de otras fuerzas habían muerto en las islas, los que más vivieron/viven esta culpa. Ese es el caso de José Bustamante, cuya guerra estuvo marcada por un gran contacto con las tropas de Ejército:

La posguerra para mí fue bastante difícil de llevar, o sea, porque después entrás en tu vida y pensás por qué vos sí, y el otro no, me entendés, o sea, para mí fue un tema muy, muy difícil ese de superarlo durante años. Por eso siempre, siempre fui medio aislado de todo, y después me aislé más todavía, me quedé más solo en la vida todavía, porque no quería pasar las fiestas, Navidad y Año Nuevo [...]. Decís “¿por qué yo tengo que estar festejando la Navidad o esto y lo otro, y otros compañeros... o por lo menos... o formar una familia?”.(06/09/2007)

Otras marcas de la guerra que repercutieron en su vida cotidiana ni bien regresaron son los aprendizajes que adquirieron en ella: luego de vivir una experiencia tan extrema y sobrevivir, muchos ex-soldados sintieron la necesidad de disfrutar la vida al máximo porque ya habían pasado por la muerte; luego de la guerra, la vida era un regalo y había que aprovecharla. Así, con esa intención, en un principio algunos optaron por vivir “al límite”, salir y viajar algo compulsivamente y/o alejarse de sus actividades cotidianas por considerarlas banales, tal como recuerda Alejandro Diego:

[Ni bien regresó de Malvinas] No quería estudiar más, decía “hay que vivir, yo no sé cuando me muero”. [...] Me tendría que haber ido a la droga, viste, a la vagancia, porque había que vivir, pero esto la primera semana te digo. La segunda semana una amiga de mi hermana agarra y me dice [...]

“pero vivir es estudiar, si a vos te gusta estudiar, estar frente a un libro hacer que el cerebro funcione, eso es vida, todo depende de a lo que uno le gusta. Parte en el tiempo de ir e ir a la playa, qué se yo, es un momento y después está tu vida”. Hice clack, dije “vivir es estudiar, vivir es trabajar, haciendo lo que me guste”, y al mes que volví de la guerra, rendí una materia en la facultad, aprobé y seguí. (26/11/2007)

Los jóvenes ex-combatientes paulatinamente comenzaron a retornar a sus ámbitos cotidianos de trabajo y/o estudio; algunos se reincorporaron ni bien regresaron y otros luego de ese período de aislamiento o viajes, salidas, etc. En principio, es relevante tener en cuenta que muchos de los ex-soldados integrantes del Apostadero pertenecían a la clase media, y que, por tanto, pudieron disponer de tiempos laxos a la hora de continuar los estudios o de regresar a sus lugares de trabajo. En otros casos, el tiempo de readaptación a la vida normal de paz fue muy corto o no existió, ya fuera porque necesitaban trabajar porque sus familias no los podían sostener, porque algunos padres consideraron que la mejor forma de ayudarlos a superar esa experiencia tan extrema era comenzar a trabajar o estudiar inmediatamente para mantenerse ocupados, o por procesos internos de elaboración de cada persona, como veíamos en la experiencia de Alejandro.

En cuanto a las vivencias de regreso a los espacios educativos, las mismas fueron bien diversas. En los colegios, algunos ex-soldados tuvieron un gran recibimiento e incluso les rindieron homenaje en ceremonias públicas; algunos reconocían que el ser ex-combatiente era una condición que podía favorecer a la hora de rendir los exámenes que debían, de la que incluso se intentaron beneficiar sus compañeros que no habían estado en la guerra. A otros, en cambio, el asistir en uniforme al colegio o el reconocer su experiencia bélica en una época donde todo lo militar estaba manchado de sangre, les jugó una “mala pasada”, como evoca Ricardo Pérez:

Yo terminé la secundaria, terminé el quinto año, obviamente no la simpatía de muchos [...]. Porque se estaba terminando la dictadura, yo era de uniforme, no todo el mundo tenía idea lo que yo era, si era conscripto o no, la gente... yo obviamente en algunos cosas defendiendo y en otras atacando. Estaba desubicado totalmente de la realidad de mis compañeros, mis compañeros estaban con “se va a acabar, se va a acabar...” [...la dictadura militar”, cántico típico en las manifestaciones de la época] y yo estaba todavía tratando de reencontrarme a mí, de cómo mierda se usaba el cepillo de dientes. Había muchos valores que estaban al revés, un tipo estaba preocupado por la camisa, y yo estaba tratando de dormir a la noche, de darme cuenta de qué, qué había pasado, porque era mucha información para procesar. (26/11/2007)

Ricardo también recuerda otra circunstancia que lo marcó en su regreso a la escuela, y que da cuenta de las situaciones de difícil resolución que los ex-soldados combatientes presentaron al Estado:

Me reincorporo al colegio, primer boletín. El boletín te lo dan, cazo el boletín, se lo doy al preceptor, “esperá, se lo tenés que llevar a tu viejo”, le digo “escuchame una cosa, andá a decirle al director -si querés yo te acompaño- que hace tres meses, qué tres meses, dos meses atrás, yo andaba buscando a uno para volarle la cabeza. Si tiene algún tipo de inconveniente que yo sea responsable por mi firma, yo lo acompaño a hablar con el ministro si es necesario, yo le voy a explicar por qué yo considero que me puedo firmar a mi mismo ya”. Pero legalmente no podía. (26/11/2007)

Esa fue otra de las grandes paradojas que tuvieron que enfrentar los ex-conscriptos a la vuelta y que es recurrente en gran cantidad de testimonios: si, contraponiéndose a la imagen de “chicos de la guerra”, los jóvenes de 19 y 20 años afirmaban que el haber pasado por una guerra los había alejado de la niñez, los había ayudado a madurar y a acercarse a la adultez, lo cierto es que su experiencia no era contemplada en la esfera de lo legal: para la ley argentina, los jóvenes menores de 21 años eran menores de edad, incapaces ante la ley¹¹, y por lo tanto para muchos trámites necesitaban de un tutor adulto que respondiera por ellos, como por ejemplo en la escuela.

Sin embargo, existieron otras cuestiones que sí fueron tenidas en cuenta legalmente por la Junta Militar, que implementó varias medidas con el objetivo de facilitar la reincorporación de los ex-soldados en los ámbitos educativos: por ejemplo, estableció que las ausencias en el colegio de aquellos que estuvieron bajo bandera en el período del conflicto no serían computadas, e implementó cursos intensivos en el nivel de educación superior y medio, para recuperar el tiempo perdido y ponerse al día o finalizar la secundaria.

Por otro lado, los regresos a los ámbitos laborales también fueron bien diversos. Algunos volvieron a sus lugares de trabajo luego de un tiempo de readaptación. Otros, en cambio, retornaron rápidamente, como fue el caso de Gabriel Asenjo:

Vuelvo, y él [su padre] me hizo trabajar el primer día. Yo trabajaba con él, entonces voy el martes al laboratorio a saludar, me enchufó el guardapolvo y me puso a laburar, me puso a laburar, y yo me dormía parado [...]. Y mi viejo “dale, dale, dale”, y no quiso nunca jamás hablar del tema, ni me preguntó nada, hacé de cuenta que yo no estuve en ninguna parte. (23/06/2010)

¹¹ Esta situación se produjo porque la mayoría de edad se mantuvo en 21 años, aún cuando en 1973 se modificó la edad de reclutamiento de 21 a 18 años.

Asimismo, otros ex-combatientes que no trabajaban hasta el momento tuvieron que salir a buscar trabajo inmediatamente. Marcelo Padula recuerda que no tuvo tiempo para reacomodarse y pensar en la guerra “porque mi viejo quebró económicamente, así que había que salir a trabajar, [...] o sea, en cierta manera me ayudó, porque tenía que pensar en el presente y en el futuro, para atrás no tenía tiempo” (19/04/2010). Una situación similar vivió Osvaldo Corletto, quien al poco tiempo de regresar, se casó y tuvo un hijo, por tanto la búsqueda laboral se volvió imperativa.

Para muchos jóvenes ex-combatientes, insertarse en el mercado laboral no fue para nada sencillo. Las dificultades que enfrentaron en la búsqueda de trabajo se debieron en muchos casos a su estigmatización como “locos de la guerra”. La construcción de esa imagen se debía a la presencia de algunos sobrevivientes que habían regresado con graves problemas psicológicos luego de matar y de ver morir a compañeros -y que incluso habían llegado al suicidio-, y también de la actitud desafiante a las normas, la autoridad y las jerarquías con la que regresaron muchos soldados.

Esa percepción de los actores de la guerra como “locos” fue un condicionante eficaz a la hora de la reinserción social de los ex-soldados en todos los ámbitos, pero principalmente en el laboral. Marcelo Padula recuerda lo difícil que fue encontrar trabajo ni bien regresó de las islas:

Yo termino en el Congreso en el '84. Estuve buscando trabajo pero me rebotaron en todos simplemente por el tema de Malvinas.

Andrea: ¿Pero vos lo sentiste así?

Sí, porque era directo, si “¿estuviste en Malvinas? Dame el documento a ver si hiciste el servicio militar”. En una empresa X yo había aprobado el examen físico, psicotécnico para entrar, y le confieso al médico que era ex-combatiente, y el tipo me rompió el acta en la cara. (19/04/2010)

Como, en el sentido común, emplear a un ex-combatiente podía ser equivalente a emplear un problema, muchos comenzaron a ocultar tal condición en las entrevistas de trabajo, como explica Alejandro Diego:

No me gustaba decir que era veterano [...].

Andrea: ¿Por qué?

Pensaban... podían pensar que estaba mal de la cabeza. De hecho cuando entré en X, yo no dije, no puse en el currículum “veterano de guerra”, nada, porque en ese momento vos no podías juzgar si el tipo este estaba bien o no, entonces no. Después sí empezaba a decir, cuando ya la gente me conocía.(26/11/2007)

Si bien la situación que relata Alejandro es posterior al período que abarca el presente trabajo -porque él comenzó a trabajar a mediados de los '80, un tiempo antes de recibirse de ingeniero-, es un claro ejemplo de lo que sucedió en muchos casos ni bien regresaron de la guerra.

Ante estas circunstancias, para ayudar en la inserción laboral de los ex-soldados, el gobierno militar tomó diversas medidas ni bien finalizó el conflicto: entre otras, dictó una ley que favorecía el ingreso de ex-combatientes en las empresas públicas. El ingreso a empresas estatales fue una gran fuente laboral para los integrantes del Apostadero -y, en general, para todos los ex-combatientes-: por ejemplo, Claudio Guida y Eduardo Iáñez entraron a SEGBA (la compañía de electricidad de Buenos Aires) a fines de 1982, y Osvaldo Corletto al Banco Nación.

Pero que existiera la ley no implicaba que efectivamente se cumpliera en todos los casos, tal como se evidencia en la experiencia de José Bustamante, un joven de condición humilde que vivía en Bahía Blanca y necesitaba trabajar para subsistir. José logró ingresar a una empresa ferroviaria local luego de viajar a Buenos Aires para luchar porque se cumpla la ley, porque en la ciudad no le querían dar el puesto de trabajo supuestamente por falta de vacantes.

Por tanto, si bien el régimen militar estableció algunas medidas para favorecer la reinserción de los ex-soldados, lo cierto es que muchas veces su implementación dependió de la voluntad de los actores que lideraban las empresas, y por ende sus efectos no fueron más que discursivos.

Reflexiones finales

Los regresos de los jóvenes soldados estuvieron plagados de incertidumbre, ansiedad, angustias, y dificultades. Si es difícil vivir una experiencia tan extrema de convivencia con la muerte, lo es tal vez más aún, regresar a una vida cotidiana de paz. Para los ex-soldados del Apostadero, el regreso implicó enfrentarse a la rutina cotidiana de antes de la guerra, a las escalas de autoridad y jerarquías tanto en la esfera civil como militar, pues ahora lo hacían con una nueva marca en sus vidas que significó un cambio de algunas escalas de valores: concebir la vida como un regalo, percibir cuáles eran las prioridades reales, cuáles eran las autoridades que había que respetar -que pasaban más por haberse

desempeñado acorde con las circunstancias en el conflicto, antes que por la antigüedad, los rangos, la edad-, fueron aquellos aspectos que cambiaron su percepción de la vida y que continuamente destacan los actores como marcas de la guerra hoy en día.

La inmediata posguerra, tal vez, fue el período en el que las marcas de Malvinas estuvieron más vivas: además de las secuelas producto de haber sobrevivido a condiciones límites, la culpa por haber regresado vivo mientras muchos compañeros quedaron en las islas fue una dolorosa carga. Aun los integrantes del Apostadero que no tuvieron que enfrentar bajas de la propia unidad en la guerra, llevaban a cuesta –y algunos llevan aún- las muertes de sus compañeros tripulantes de los buques o conocidos de otras fuerzas. Esa circunstancia, “la deuda con los caídos”, entre otras, es la que los impulsa a hablar de la guerra en el presente.

Pero esto no siempre fue así. Si para que haya testimonio tiene que haber una voluntad de habla por parte del sobreviviente y de escucha por parte de un “otro” (Pollak, 2006), las condiciones en que regresaron los ex-combatientes no podían ser más adversas para habilitar el relato en su totalidad, y no sólo aquello que cuadraba con la memoria dominante. La voluntad de relatar sus experiencias fue relativa según el actor que regresó y las condiciones en que lo hizo, pero indudablemente la voluntad de escucha fue parcial. Los cruces entre las memorias de la represión ilegal y la guerra de Malvinas protagonizados por las mismas FFAA estaban a la orden del día, pero ello en vez de complejizar la comprensión de la guerra, abonó a construir un relato parcializado y simplista, autocomplaciente de la sociedad, en el que se anulaba toda responsabilidad social en el conflicto –como ya lo había hecho con la “guerra sucia”- y que habilitaba el olvido de un pasado vergonzante.

La imposibilidad o dificultad de enfrentar la propia responsabilidad en una guerra llevada a cabo por la dictadura más sangrienta de la historia argentina, contribuyó a escuchar de los testimonios de los ex-combatientes solamente aquello que se quería/podía escuchar, aquello que aportaba a demonizar a todo lo militar. Y, entonces, en un panorama donde ya estaba parcialmente trazado el lugar que iban a ocupar los jóvenes soldados que regresaban de la guerra, el de víctimas pasivas, muchos enmudecieron.

Además de estas dificultades en el plano simbólico, los ex-conscriptos miembros del Apostadero también debieron enfrentar otras materiales: a las secuelas de guerra, se sumaron las dificultades en la reincorporación en las FFAA, los ámbitos educativos y en la

búsqueda laboral, en un momento en el que las imágenes de “chicos” y de “locos de la guerra” hegemonizaban la esfera pública. Estas problemáticas fueron aún más acuciantes, en un contexto donde las FFAA negaban impunemente su responsabilidad en el conflicto, imponiendo un mandato de silencio sobre la guerra para evitar una crisis aún más profunda, a la misma vez que brillaban por su ausencia en la prestación de servicios de salud, por lo menos para los ex-soldados del Apostadero, que luego de la guerra se encontraron nuevamente con sus familias, la escuela, el trabajo, los grupos de amigos, pero ahora con una guerra a cuesta.

Bibliografía

- GUBER, R. (2001), *¿Por qué Malvinas?. De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, F.C.E..
- GUBER, R. (2004), *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Ed. Antropofagia.
- HERRSCHER, R. (2007), *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Tusquets editores.
- INFORME RATTENBACH. *Investigación confidencial sobre la conducción política y estratégico-militar de las FFAA Argentinas en la Guerra de Malvinas* (2000), Buenos Aires, Ediciones fin de siglo.
- LORENZ, F. (2006) *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa.
- NOVARO V., y PALERMO, M. (2003), *La Dictadura Militar (1976-1983). Del golpe a la restauración democrática*. Buenos Aires, PAIDOS.
- POLLAK, M. (2006), *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- RODRÍGUEZ, A. (2008), *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur*, Tesina de Licenciatura, Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.
- SILVA, M. A. y VAZQUEZ, J. C. (2006), “‘Más de 350’. Políticas públicas y Malvinas”. En: *I Jornadas de Ciencia Política*, USAL, 13-14 de octubre. [Http://www.malvinense.com.ar/sveteranos/jornadavgsalud.doc](http://www.malvinense.com.ar/sveteranos/jornadavgsalud.doc)